# **Asedio a las letras. Intelectuales y censura**

# **En Colombia a mediados del siglo XX**

*Andrés López Bermúdez****[[1]](#footnote-1)\**** *y*

*Jorge Isaac Ortiz Arboleda****[[2]](#footnote-2)\*\****

Múltiples y copiosas son las reflexiones e investigaciones alrededor del panorama político y social que signó al país luego de los sucesos del 9 de abril de 1948[[3]](#footnote-3); no menos significativas y numerosas, a lo anterior se suman las aproximaciones emprendidas desde la crítica y los estudios literarios en torno a la producción narrativa ―entre cuentos, novelas, reportajes y crónicas, principalmente― aparecida en y a propósito del período de “La Violencia”[[4]](#footnote-4). Ambos esfuerzos permanecen, sin duda, como horizonte de conocimiento y comprensión sobre el meridiano de la centuria pasada, ofreciendo a la vez desde la perspectiva de la historia cultural e intelectual la posibilidad ― esa sí no tan frecuentada― de adentrarse a explorar el variado conjunto de experiencias que para el caso de los intelectuales tuvieron lugar en los años comprendidos desde finales de los años cuarenta y hasta finalizar la década siguiente.

Este tiempo de tránsito entre la primera y segunda mitad del siglo, caracterizado ya en la academia y por el común de la sociedad como de alta tensión política y social, fue tiempo también en el que operaron diversas formas de silenciamiento, censura, represión y confinamiento, aplicadas mayormente por los diferentes gobiernos centrales de aquella época (Mariano Ospina Pérez, 1946-1950; Laureano Gómez, 1950-1951; Roberto Urdaneta, 1952; Gustavo Rojas Pinilla, 1953-1957; y, por último, la Junta Militar, que dio paso a los gobiernos del acuerdo frentenacionalista) sobre la figura de los intelectuales ―particularmente de carácter liberal o de izquierda―, los grupos y escenarios por ellos frecuentados; al igual que, en el interior de este sector letrado, se advierte la emergencia así mismo de tensiones en las que afloran o cobra forma la censura.

Una carta enviada desde Bogotá a principios del último semestre de 1948 por el poeta León de Greiff a su coterráneo y amigo de letras Ciro Mendía, que a la sazón residía en Medellín, encomendándole acoger y brindar una grata estadía en la capital antioqueña al joven Alberto Zalamea, hijo del escritor y político Jorge Zalamea, pareciera ser un suceso deleznable, sin mérito aparente para incluirse siquiera en los anales más curiosos de la vida literaria colombiana. Pero el simple hecho de que el poeta de *Tergiversaciones* firme esta sencilla misiva desde la “celda n° 1 del Panóptico” (Archivo Ciro Mendía, ACM, Correspondencia Recibida), obliga a repensar y revisar todo lo que hasta hace unas pocas líneas antes no exigía reflexión o análisis. Como lo muestra el episodio referido, en el epistolario que se conserva de algunos de estos escritores, en sus artículos para publicaciones periódicas de gran circulación ―diarios y revistas para la época―, lo mismo que en sus iniciativas para nuclearse en torno a nuevos proyectos culturales y literarios de los que han dejado testimonio en distintos momentos del siglo pasado y en el presente, es posible hallar interesantes y sugestivos rasgos de las tensiones y manifestaciones de la censura que signaron la vida de los intelectuales en el período.

## **Radios, mesas de café y rotativas en la prolongada conflagración.**

Gonzalo España, en su ameno relato para historiar la ciudad bogotana a través de las vicisitudes vividas en torno al libro, para este momento ecuatorial del siglo XX afirma categórico: “El papel, buen papel escrito y sin escribir, alimentó el fuego durante el 9 de abril de 1948. Ardieron editoriales, periódicos, bibliotecas, libros, estanterías labradas y añosas”. (237-238) En el cierre mismo de ese tumultuoso y convulsionado abril, el director del diario *El Espectador*, Guillermo Cano, señaló: “Bogotá era una ciudad de librerías” (“La destrucción” 321). Y Hernando Téllez no dudó en incorporar los cafés al inventario de pérdidas sociales y culturales, como una manera de entender que la ciudad capital del país fue una antes y era otra luego del aciago día: “el 9 de abril de 1948, que cambió tantas cosas en la historia, sepultó también … medio siglo de los cafés bogotanos tradicionales, con sus amables y cultas tertulias, trascendentales e intrascendentes, intelectuales y bohemias”. (“Los cafés” 297)

En tanto huella para cobrar conciencia sobre la ciudad, estos espacios permitían percibir de primera mano la diversa composición social y cultural del país, las dinámicas profesionales, políticas y laborales que se daban cita en el centro mismo de Bogotá. (“Los cafés” 294-298)

La innegable inserción de la radio en la vida cotidiana de las urbes y del campo colombianos, por parte del Estado al igual que por el común de las gentes, tuvo un ritmo ascendente a lo largo de la primera mitad del siglo XX, y en la coyuntura del asesinato del líder liberal cumplió destacadísimo papel, al posibilitar en simultánea y superando las dificultades del espacio, que tras los micrófonos promoviera la movilización y acción de hombres y mujeres, inflamando los ánimos e instándolos a participar en la conflagración y confrontación violenta que marcó por varios días a la nación. Hernando Téllez, en el que puede considerarse uno de los primeros textos periodísticos en reconstruir con atinado acento de reportero y cronista los hechos nueveabrileños, a propósito de las emisoras de radio manifestaba: “En las radiodifusoras se actuó con imprudencia. Fueron vehículos del mal consejo. No se oyeron sino escasas palabras de sensatez. Hablaban el odio, la destrucción, la inconciencia que ordenó atacar las ferreterías y apoderarse de las armas, herramientas y explosivos. La gente obedeció ciegamente”. (“La noche” 419) En los años posteriores, con más denuedo que real efectividad, se buscaría restringir el alcance de las ondas radiales. (Vallejo 355 y siguientes)

Las rotativas del periódico *El Siglo,* uno de los diarios bogotanos y que acogía una de las líneas más radicales del conservatismo partidista, la de Laureano Gómez, fueron las únicas sometidas al fuego y la destrucción aquella vez (“La noche” 436). Sin embargo, tras los sucesos de abril de 1948 los gobiernos local y nacional ejercieron restricciones y constreñimientos incontadas veces a la prensa, principalmente aquella de orientación liberal y que buscaba, además de informar, hacer control y oposición al régimen conservador en el poder presidencial. Las tensiones entre este medio impreso de comunicación masiva y los poderes políticos eran de vieja data, por lo menos desde finales del siglo XIX se habían venido desplegando distintas estrategias y acciones con las cuales el ejecutivo intentaba regular al cuarto poder, viviéndose desde entonces ―de un modo recurrente― períodos de intensificación de las fricciones y hostilidades. A propósito, este momento específico del devenir del periodismo colombiano puede resumirse así: “a finales de los años cuarenta empezó a sentirse con saña la tenaza de la censura oficial empeñada en estrangular a la prensa opositora”. (Vallejo 308) Las formas de la censura incluyeron no solo la eliminación parcial o total de escritos ―práctica sobre la cual se anunciaba en las páginas a los lectores habituales―, también persecuciones, señalamientos y encarcelamientos a los responsables de su elaboración, cuando no su muerte, el gesto máximo de silenciamiento, a manos de inciertas y reaccionarias fuerzas.

En lo que respecta a los cafés, nos dice Camilo Monje, luego del 9 de abril fue posible para la ciudad experimentar una situación no menos inquietante: mientras unos no volvieron a abrir sus puertas luego de ese día, otros surgieron precisamente en esta coyuntura, con la intención de mantener vivo este espacio como opción económica y referente social y cultural, sumándose en este empeño a aquellos que sobrevivieron y cuya existencia eran anterior a los sucesos nueveabrileños. (273-276) Unos y otros, los sobrevivientes y los recién abiertos, debieron hacer frente a constantes inspecciones, multas, clausuras y redadas. Entre la asidua clientela de estos lugares, como venía siendo costumbre desde las décadas anteriores, se contaban artistas e intelectuales, muchos de ellos vinculados a los medios de comunicación masiva ―prensa y radio― que marcaron la época. Las razones para este fenómeno son de un crispado carácter sociológico y político:

Encontrarse en público y en privado, conversar, discutir, intercambiar ideas, no eran acciones bien vistas por las autoridades, quienes temían siempre el disenso, la rebelión, el motín. Era necesario conocer a la fuerza lo que se ventilaba en los cafés, y desde esta óptica, autoritaria y represiva, se justificaban las represiones y la censura. (Monje 276)

Precisamente en un clima como el descrito nació un café: El Automático, que era en realidad un sobreviviente de la conflagración del 9 de abril, otrora identificado por los capitalinos con el nombre de La Fortaleza y que desde finales de los cuarenta continuaría su existencia con nuevo nombre, ampliada clientela e intensa vida cultural e intelectual; y surgió, igualmente, una revista: *Crítica*, a partir de los cuales es posible reconocer distintas formas que adoptó la censura en Colombia durante el tránsito entre una mitad y otra de la pasada centuria.

## **La revista *Crítica*: incómoda interpelación y múltiple censura**

El circuito de producción y consumo cultural e intelectual conformado por cafés, salas de redacción de diarios y revistas, y que se completa con las sedes de las emisoras radiales, conservó su dinamismo y vitalidad en esta época, a pesar de las restricciones ya enunciadas y en no pocas ocasiones espoleado o acrecentado por ellas. Sin olvidar que todavía para la Bogotá de estos años el centro era la zona donde mayormente se aglutinaban los tres componentes de este circuito. *Crítica* y El Automático, por demás, emergieron nutriéndose de experiencias precedentes, como lo fueron el café Windsor ―adonde, desde la década del veinte, recalaron una parte importante de los jóvenes escritores y artistas llegados desde distintas latitudes del país, cimentando allí amistades y proyectos creativos comunes―; y así mismo la revista *Los Nuevos* ―que en buena medida los aglutinó por primera vez en la intención de leer la realidad nacional y ofrecer una propuesta artística y cultural acorde a los tiempos―.

A lo largo de sus 67 entregas, comprendidas entre octubre de 1948 y septiembre de 1951, y con apariciones quincenales, *Crítica* pretendió incidir en el complicado escenario social y cultural del país. Su lema: “Un quincenario sin compromisos”, no aludía a la pretensión de dar la espalda al convulso momento político que vivía la nación[[5]](#footnote-5). Por el contrario, Jorge y Alberto Zalamea, padre e hijo, sus creadores, de manera expresa y decidida buscaron desde las letras participar en él, solo que venciendo en su ejercicio revisteril aquellos pruritos de fidelidad partidistas que pudieran representar inhibiciones, elusiones o prohibiciones alrededor de lo que consideraban impostergable abordar en materia de política, sociedad y cultura para el país. Con esta resolución, por cierto, el quincenario de los Zalamea se inscribía en una larga tradición que desde el siglo XIX caracterizó el comportamiento de las revistas culturales en América Latina: estar “tensionadas entre el campo cultural y el campo político”. (Tarcus 30)

Un testimonio recogido hace pocos años refrenda esta premisa. Alberto Zalamea Costa –hijo de Jorge Zalamea– resaltó en 2009 la importancia y posibilidades del café que su padre solía frecuentar: de modo distinto a como ocurre actualmente, en el final de los años cuarenta y en la década siguiente fue nota común que en El Automático concurrieran “personajes y muchos políticos, lo que llevó a que se convirtiera en algo más importante que un ambiente puramente literario. Fue allí donde se produjo la simbiosis entre política y literatura, cosa que por cierto hoy no existe. Uno no sabe de ningún café donde [hoy] se reúnan los intelectuales a conspirar o a hablar sobre política …”. (70)

Así pues, de las amistades literarias y redes intelectuales forjadas en años anteriores por Jorge Zalamea convergieron en las mesas del Automático, de forma esporádica o habitual: León de Greiff, Hernando Téllez, Luis Vidales, Jaime Tello, Eduardo Zalamea Borda, Rogelio Echavarría, Ciro Mendía ―en sus eventuales visitas a Bogotá―, Alberto Lleras Camargo, Juan Lozano y Lozano, Arturo Camacho Ramírez, Jorge Rojas, Fernando Arbeláez, Jaime Ibáñez, Jorge Regueros Peralta, Ignacio Gómez Jaramillo. Y de las generaciones de artistas, políticos y escritores más jóvenes se encontraban, entre otros: Marco Ospina, Édgar Negret, Eduardo Ramírez Villamizar, Enrique Grau, Alipio Jaramillo, Lucy Tejada, Alejandro Obregón, Omar Rayo, Orlando Rivera y Hernán Merino ― “Chapete”, el caricaturista―; el disidente dentro del conservatismo de aquellos años Gilberto Alzate Avendaño; los poetas y literatos Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez ― probándose en el periodismo y la literatura, recordado como esporádico contertulio―, Germán Espinosa, Arnoldo Palacios, José Luis Díaz Granados, Emilia Pardo Umaña. (“Diálogo” 34-39; “El último” 130-131)[[6]](#footnote-6)

Durante la mayor parte de sus casi tres años de vida, la revista creada y dirigida por Jorge Zalamea Borda y Alberto Zalamea Costa no ahorró esfuerzos para pronunciarse principalmente acerca de tres asuntos: la responsabilidad que cabía al gobierno de Mariano Ospina Pérez, y por extensión al conservatismo, en los sucesos del 9 de abril; la relación pormenorizada de las actuaciones de Jorge Zalamea, y de sus amigos, en ese convulsionado día y en los posteriores; y, por último, el llamado a la dirigencia del liberalismo, y por ende a sus distintas manifestaciones, en cuanto a la forma como desde el seno y cabeza del partido político venía respondiéndose a los impostergables desafíos que ese viernes del cuarto mes de 1948 había hecho emerger de forma irrenunciable. Cada uno de estos tópicos constituía, a no dudarlo, un territorio minado por cuanto su sola mención alteraba los ánimos ya hipersensibles de las colectividades políticas liberal y conservadora ―y no solo para la línea más oficial de cada partido―. En lo expresado en las páginas de *Crítica*, y en lo que estas mismas palabras suscitaban en otros escenarios culturales y sectores sociales, resulta posible advertir en la tras escena un conjunto de tensiones, exacerbadas, que caracterizaron el cauce político y social del país en esos años. Tensiones para las que, valga reiterarlo, la censura, el silenciamiento y el confinamiento representaron nota común.

### *Una modesta revista y un cuestionamiento duro e impostergable a la máxima instancia de poder político del país*

Cuando apenas si llegaba a la mitad de su período, el primero de un grupo de tres gobiernos que algunos estudiosos sociales han empezado a denominar como de “la restauración conservadora”[[7]](#footnote-7), sobrevino el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y los acontecimientos desatados por este crimen condujeron a que desde *Crítica* se interrogara al poder presidencial. Lo ocurrido aquel día, en opinión de los Zalamea y del cúmulo de colaboradores que llenaron las páginas de su revista, solo vino a resaltar de forma ineludible los hondos problemas que aquejaban al país. Con este gesto, en realidad la publicación se oponía al tácito acuerdo de autocensura suscrito en general por periodistas de ambos partidos tras los sucesos nueveabrileños. (Vallejo 309) La elusión de este tema, o su presencia cada vez menor y más matizada en la prensa, hizo parte de las estrategias con las cuales se pretendió generar en el grueso de la opinión pública imagen de superación, cosa pasada o resuelta.

*Mediante una publicación seriada que para su último año, y con gran dificultad, reportaba tirajes de 2.000 ó 2.200 ejemplares[[8]](#footnote-8), se propuso contradecir este conveniente silenciamiento agenciado desde la instancia cumbre del poder político*. Mayormente entre el último tercio de 1948 y el primer semestre de 1949, era común hallar en los números de *Crítica* distintos pronunciamientos que llamaban a la opinión pública de entonces a no apartar su mirada de esta cuestión. Algo que no demoró en poner en duda, precisamente, fue el argumento esgrimido por el gobierno central acerca de que los hechos violentos y, en general, la inestabilidad social que reinaba en el país habían tenido su génesis en el 9 de abril y en las actuaciones cuya autoría era exclusiva de los seguidores del liberalismo, incluso del mismo partido político liberal; se pretendía así difundir la imagen de que antes nada acontecía en ciudades y zonas rurales que hiciera pensar en algo anómalo o preocupante. No obstante, en los dos años precedentes a 1948, y en los meses previos al asesinato del líder liberal, se habían estado presentando inocultables hechos violentos que inquietaban y despertaban terror en la sociedad.

En *Exégesis de dos políticas*  y en “La lección de los hechos”, el primero publicado en 1948 como discurso por el propio Jorge Zalamea y el segundo aparecido de forma anónima como artículo en *Crítica* a principios de 1949, se insistiría en que el propio Gaitán había buscado distintas formas ―primero ante la Dirección Nacional Liberal y luego desde el reconocimiento amplio del que gozaba a nivel popular, circunstancia que aprovechó para convocar a movilizaciones masivas en la capital del país― para denunciar estos sucesos de sangre y requerir al gobierno de Ospina Pérez que cesara la violencia oficial (Zalamea, *Exégesis* 10; “La lección” 4).

En el centro de estos llamados a recordar y rectificar, en realidad descansaba un nuevo contraataque argumentativo, esta vez claramente enfocado en convocar a una mirada amplia y retrospectiva, que para su reflexión y análisis reconociera como oportuno retroceder de forma panorámica a lo transcurrido en esa primera mitad del siglo XX, para comparar y a la vez examinar detenidamente la realidad colombiana, concluyendo que el estallido del 9 de abril obedecía a un proceso que había germinado lenta y progresivamente, y afectado a la vez las estructuras económicas, sociales y políticas del país. Ya desde el primer número de *Crítica* aparece nítida esta perspectiva interpretativa, para la cual concurren en sus páginas Alfonso López Michelsen (con “Balances del 9 de abril”) y Julio César Turbay Ayala (con “Historia secreta de la crisis liberal) ― dos líderes liberales que en los decenios posteriores llegarían a la presidencia del país ―.

Jorge Zalamea terciaría así mismo en esta temática, pero extremando el nivel de la discusión al circunscribirla a una especie de paralelo de las aportaciones que, sin distingos partidistas, se habían venido haciendo a la sociedad colombiana en su conjunto desde la aplicación de políticas en las últimas dos décadas. En su opinión, los relevos presidenciales de 1946 significaron que la orientación dada por el liberalismo en materia social, política y cultural, lo mismo que los logros alcanzados por los distintos gobiernos para todos los connacionales habían sido desatendidos, relegados o contrariados abierta o veladamente por el gobierno que les sucedió en el poder; de tal modo que una responsabilidad insalvable y de gran tamaño recaía sobre el partido conservador que ahora comandaba los destinos nacionales.

En palabras del mismo Zalamea, durante los llamados gobiernos de la “República liberal” (1930-1946), se había procurado cumplir con metas que, dada su naturaleza de contribuir al bienestar general, no era posible que encontraran ideales o intereses que se les opusieran; por lo que sostuvo que fue propósito del liberalismo:

la democratización de la cultura y la defensa de la biología humana; la nacionalización del Ejército y el rescate de la Iglesia de las redes partidistas en que andaba presa; la unificación económica del territorio y la intervención del Estado en la dirección financiera del país; el arbitraje conciliador y equitativo entre las distintas clases sociales y la expresión internacional de las mejores tradiciones del país. Para decirlo más sintéticamente, el liberalismo se impuso una tarea de integración, de unificación en torno a una serie de reformas políticas, sociales y administrativas que no podían, en manera alguna, suscitar la oposición razonable de ningún partido, aunque aparentemente fuesen antagónicas con determinados intereses económicos o sociales. (Zalamea, “La restauración” 4)

En el reportaje y crónica de Hernando Téllez se relata pormenorizadamente que el liberalismo, una vez iniciadas las conversaciones con el gobierno nacional en el marco de la conflagración del 9 de abril, hubo de esperar largo tiempo a que el presidente Ospina oficializara una respuesta y un equipo conformado por líderes de ambos partidos que se encargara de ella (“La noche” 423-431). En esta situación, Zalamea no podía dejar de advertir dilación por parte del gobierno, un acto que consideraba a todas luces reprochable en los difíciles momentos que atravesaba el país. Afirmó entonces: “lo que debió hacerse en una hora, tomó quince que sirvieron para que masas enloquecidas, sin control, sin dirección, sin filiación, incendiasen, saqueasen y destruyesen aquella parte de la ciudad que el gobierno decidió dejar desguarnecida”. (“La restauración” 4)[[9]](#footnote-9)

Otra variante puesta en práctica por la revista creada por los Zalamea para contravenir las diferentes estrategias con que el gobierno central y el partido político que lo respaldaba eludían el reconocimiento de responsabilidades fue, sin duda, la de interrogar la pretendida validez de una relación inequívoca y gravosa entre prensa y generación de violencia, al hacer responsables a los diarios de los niveles de criminalidad y desequilibrio social que asolaban por entonces distintos rincones del territorio:

Si los muertos se multiplican y los periódicos, en cumplimiento de su misión informativa, dan cuenta de ellos y, por razones patrióticas o partidistas, protestan de tal estado de cosas, el gobierno se escandaliza y parece sindicar a la prensa como responsable del hecho trágico. Como si la información y la protesta no fuesen posteriores al suceso. O como si con el silencio cómplice hubiesen de suspenderse los atentados. O como si con dejar de nombrarlos desapareciesen. O como si, en última instancia, correspondiese a la prensa la guarda del orden público y no al gobierno. (Sin firmar, “Profetas” 4)

Para Luis Vidales, quien se cuenta igualmente entre los primeros colaboradores de *Crítica*, la aparición de la revista y los asuntos de los que decidió ocuparse constituían una acción afirmativa en contra de un estigma e imaginario que prevalecían entre ciertos sectores de la política y la cultura, para los cuales literatura y política no debían juntarse y, por lo tanto, a través de este imaginario se buscaba confinar a las artes a no relacionarse con la realidad inmediata ni mucho menos elegir pronunciarse sobre ella. El autor de *Suenan timbres*, al cuestionar desde el número inaugural de *Crítica* la conexión real de academias, centros culturales y movimientos literarios con las duras y tozudas circunstancias de la realidad,prácticamente inauguraba en el escenario de la prensa de la época la cuestión de los intelectuales.

Esta cuestión, valga destacarlo, cobraría gran importancia en la década siguiente, pero ya desde finales de 1948 aparece delineada en sus rasgos sustanciales, por cuanto es en el quincenario de los Zalamea donde se habilita un espacio para interrogar y criticar la relación entre escritor y sociedad. En el reconocimiento de esta relación, advierte Vidales, emerge el intelectual, cuya radiografía para el caso nacional dibuja de modo contundente:

el retraso del país se marca con claridad soberana en la actualidad de los intelectuales, que permanecen remisos a tomar puesto en la lucha. Todo lo académico, lo introvertido, lo enclaustrado que Colombia guarda en el huevo de su formación sociológica, se ve en esa actitud del intelectual ... Yo no creo en intelectuales vertidos hacia mundos que no tienen vigencia sino en un concepto de cultura, seco y acartonado. (5)

Más adelante hablaría, en contraposición con el estado de cosas que en esta materia percibía en el panorama nacional, de lo que debía ser un intelectual: “ser intelectual es, primero que todo, saber compulsar el contorno, asomarse al mundo vivo, con el convivir y darle a la letra el signo o mensaje que viene de la cantera humana. La temática del intelectual está allí, más que en el libro”. (Vidales 5) Y concluiría afirmando categórico que en Jorge Zalamea se hallaba “un verdadero intelectual que sabe que su arte sólo puede amasarse con el material vivo que nos está golpeando los ojos y el entendimiento”. (Vidales 5) Las pruebas incontrovertibles para sustentarlo, según Vidales, se encontraban en el surgimiento de *Crítica* y en las propias acciones emprendidas por Zalamea desde las complejas y terribles horas nueveabrileñas: “Y ahora, consecuente con su espíritu alerta de intelectual que establece la analogía perfecta entre función mental y patria, lo vemos en su gran quincenario, *Crítica*, tomar el puesto que le corresponde en la transformación que está viviendo Colombia” (Vidales 5).

Desde el norte del país, otras voces se dejaron sentir para reafirmar el significado intelectual de Zalamea y de su nueva empresa cultural en el escenario de las publicaciones periódicas. Atacando aquel imaginario de la “torre de marfil” que para algunos debía ser lugar del escritor, desde el diario barranquillero *El Heraldo*, Alfonso Fuenmayor en cambioresaltó que Zalamea no sintió que debía separar

sus actividades literarias de la política … Política y literatura o arte fueron términos que durante mucho tiempo estuvieron oponiéndose de manera más arbitraria que real. Zalamea nunca se aisló en la abolida torre de marfil de la cual aún muchos colombianos no han descendido, incorporándose por estas circunstancias más al frío departamento de arqueología que al ardiente torbellino del mundo. El semanario(sic) [en realidad quincenario] de Zalamea … no se limita, sin embargo, sólo a cuestiones intrínsecamente políticas. Es una publicación que refleja la vida contemporánea en sus complejas manifestaciones. (3)

No debía extrañar por tanto a los lectores de *Crítica* que, ya para el mes de diciembre de 1948 y hasta promediar 1949, al interior de sus páginas se expusieran y denunciaran formas de censura como las aplicadas por la llamada “Liga de la decencia”. Ejerciendo labores que la revista no dudó en calificar como inspiradas en un férreo fascismo, sustentando sus actuaciones en ideales que impedían “la libertad intelectual” de los artistas colombianos, esta organización vetó una pintura de Eduardo Ramírez Villamizar, la novela *Cuatro años a bordo de mí mismo* ― ¡que había salido a la luz en 1934! ―, y la obra *Todo por amor,* escrita para la radio por Jorge Gaitán Durán; al considerar que todas ellas eran de naturaleza pornográfica. (Sin firmar, “La liga” 13) Años luego, y bajo la sombra restrictiva del último gobierno de la *restauración conservadora*, sería Gaitán Durán quien se encargaría esta vez de poner en evidencia los mecanismos a través de los cuales se materializaba “la pasión de silenciar” [[10]](#footnote-10) que obsede al poder.

En igual sentido, a través de la palabra impresa lo mismo que a través de la caricatura, tornó *Crítica* a visibilizar los manejos parcializados y abusivos de la ley ―como en el caso de emisoras radiales a las que no se les aplicaba sanción por su incurrencia en temas políticos luego del 9 de abril (Sin firmar, “La ley” 4)―; el desolador panorama que, no obstante la intención formal de trabajar mancomunadamente entre gobierno y liberalismo, continuaba día a día sometiendo a este último, y en consecuencia a la sociedad y a pilares caros de la vida política como la democracia, la libertad y la ley, a negaciones, encierros y eliminaciones en el plano tanto físico como simbólico (Sin firmar, “El juicio” 1) ; y, por último, el señalamiento sin temor al gobierno central como único responsable de las fatalidades y el deterioro social que aquejaban al país en general. (Palacios 2)

Esta clase de comportamientos por parte *Crítica*,tuvieron como correlato desde sus primeras entregas el que sus creadores, colaboradores y cercanos sufrieran la persecución y el encarcelamiento. El café El Automático comenzó a ser visto por las autoridades, tal cual relata Jaime Iregui, como

un foco de conspiración por el carácter de sus contertulios y que desde allí se tramaban las más acérrimas críticas contra el gobierno y sus instituciones. En varias ocasiones la policía se llevó del Automático a León De Greiff, Jorge Zalamea y Marco Ospina y los tuvo recluidos por varios días en los calabozos, para luego liberarlos debido a las protestas que sus colegas publicaban en los diarios…Toda crítica al gobierno era tomada como una afrenta y la más de las veces, como alteración del orden público. (24)

De igual forma, sobre cada uno de los textos que daban cuerpo a cada nuevo número de la revista se aplicaban disciplinadamente los censores, para eliminar parcial o totalmente su contenido si lo creían ofensivo o amenazante para el gobierno. Al respecto, recuerda Alberto Zalamea Costa:

El gobierno trató muchas veces de cerrar Crítica y estableció la censura, lo cual era terrible porque nos tocaba rehacer los artículos hasta 20 veces; el censor decía “no me gusta eso” y uno tenía que cambiarlo. No digamos que era sólo para los artículos de Colombia sino también para las cosas internacionales: por ejemplo publicar la *Suma Teológica* era considerado una cosa totalmente malvada para el gobierno. Los censores no admitían prácticamente nada. En muchos de los números se ve un espacio en blanco porque había allí un artículo censurado. Eso fue terrible para nosotros …, muy desagradable y difícil. (46)

Cuando se sobreponía a los intentos de descalificación de que era blanco por dedicarse como revista cultural a examinar sin ambages la política nacional e internacional, otras voces insistían en desacreditarla si se ocupaba de su otro horizonte: el universalismo cultural, tildándola sin titubeos de esnobista. (Gilard 29,23). Esto sin olvidar que, como relata Jimena Montaña Cuéllar, el director y creador de la revista debiera lidiar con el allanamiento de su casa “por manos desconocidas” en horas de la noche y, como si no fuera ya difícil y preocupante, también capotear amenazas de muerte que recurrentemente le manifestaban que debía abandonar toda actividad política en el país. (149)

Las adversidades y tensiones hasta aquí descritas no solamente afectaron y preocuparon a Jorge Zalamea Borda. De igual manera, es válido suponer que terminaron por alcanzar a su familia y a la red intelectual y de amistades que había estado construyendo en torno suyo. Se trataba justamente de las consecuencias originadas en una abierta oposición a silenciamientos acordados entre una parte del gremio periodístico y partidista de aquel tiempo, por un lado; al cuestionamiento de imaginarios y percepciones imperantes entre sectores de la cultura y el ejercicio del gobierno; y, adicionalmente, a la explícita confrontación del Estado en su rol de máxima autoridad política. Al persistir con la revista *Crítica* como escenario para interpelar sin concesiones a la realidad, en medio de las múltiples acciones de censura de que fue blanco, su comportamiento constituye señal inequívoca de aquello que al decir de Eward Said identifica a un intelectual, en tanto es nítido en cada uno de estos gestos que revista y su creador buscaban “poner en tela de juicio las normas dominantes”. (56)

### *Exponer y contrarrestar el señalamiento infundado y la difamación contando nada más que con una tribuna de papel*

La presencia de *Crítica* y su labor al analizar la realidad política nacional fueron saludadas por varios impresos que simpatizaban con su causa, como *El Liberal*, *El Espectador*, *Semana* y *Jornada.* Sin embargo, ninguno de ellos pudo hacer algo respecto al poder corrosivo del rumor que, como una estrategia más adelantada por el propio gobierno para desviar la atención en cuanto a las fallas y responsabilidades que le cabían tras los sucesos nueveabrileños, procedió a esparcir en cuanto espacio tuvo oportunidad, culpando a un grupo de personas que tomaron aquel día los micrófonos de la Radiofusora Nacional de toda la destrucción y muerte que se desató. Ese grupo de señalados lo conformaban Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar, Adán Arriaga Andrade, José Mar, Jorge Gaitán Durán, Hernando Téllez y Jorge Zalamea. A los cuales, desde entonces, se les espetó el mote de “radioamotinados”[[11]](#footnote-11)

Zalamea, entonces, debió esperar hasta marzo de 1949 a que la justicia civil y militar precluyeran las investigaciones emprendidas, y presentó en la revista *Crítica* un pormenorizado relato de lo que sucedió aquel 9 de abril y a su vez del infundado y malintencionado proceder del gobierno. Llenar las páginas de la revista con una experiencia personal no debe entenderse como un asomo de vanidad o egolatría. Lo que le ocurrió a Zalamea, como él mismo lo expresó desde la revista al final del montaje judicial, bien podía estar sucediéndole a muchos otros en el país que, a causa de sus creencias políticas liberales, fueron objeto de todo tipo de estigmatizaciones, persecuciones y señalamientos; y eso en el mejor de los escenarios. Justificó Zalamea así la aparición de sus memorias del cerco legal del que fue blanco:

el caso suyo [de Zalamea ante la opinión pública] no es aislado, sino que se repite en todas las ciudades y pueblos de la República, acaso con peores caracteres y en más precarias condiciones de defensa. Y tiene la esperanza [Zalamea] de que el planteamiento descarnado de su caso personal sirva al menos para que algunas conciencias menos perturbadas por la cobardía, el miedo y el odio, rectifiquen el tenebroso camino a que las indujeron y abran las puertas a la verdad. Que es la única manera de restablecer en Colombia la justicia y la libre solidaridad social.[[12]](#footnote-12)

Expresó entonces que, como tantos ese día, actuó a la vista de todos y contando siempre con la anuencia de las directrices liberales que, durante las primeras horas posteriores a la muerte del caudillo, no se pronunciaron en el sentido de encontrar una solución de apoyo al gobierno conservador de Ospina Pérez para salir de la crisis social y de orden público que se había generado. En tal estado de cosas, Alfredo Iriarte distingue el accionar de Zalamea y los demás que lo acompañaron ese día en las radiodifusoras: “en un gesto de utópica grandeza, aquellos hombres se constituyeron en ‘Junta Provisional de Gobierno Revolucionario’ y no cesaron de arengar al pueblo en un esfuerzo desesperado por encauzarlo hacia la toma del poder”.[[13]](#footnote-13) Ricardo Rodríguez Morales, por su parte, expresa: “se hicieron sentir solitarias, en medio de la confusión, la lucidez y la cordura de Jorge Zalamea”.[[14]](#footnote-14) Y no pueden dejar de mencionarse otra vez las palabras de Hernando Téllez acerca del papel desempeñado por la radio el 9 de abril: “No se oyeron sino escasas palabras de sensatez”. Entre las “escasas palabras” sensatas oídas tras los micrófonos aquel 9 de abril se encontraba, de seguro, Zalamea y el resto de los mal llamados “Radioamotinados”.

Sobre esta cortina difamatoria, una vez tuviera la resolución civil y militar que desechaba toda posible responsabilidad penal, dijo Zalamea:

Detrás de tan frágiles biombos quiere diluirse la responsabilidad del gobierno. Como quiso diluir la gravísima que tuvo en los sucesos del 9 de abril, atribuyendo a los llamados ‘radioamotinados’ las consecuencias de las matanzas sistemáticas de Santander, Boyacá, Nariño y Caldas y del mortal atentado contra el jefe del liberalismo. Y lo peor es que alguna parte de la opinión pública se presta al engaño.[[15]](#footnote-15)

El engaño se intentó exponer y a su vez desvanecer a través de minuciosas descripciones como la siguiente:

“[…] el 9 de abril, a eso de las 5 de la tarde, el edificio de la Radiodifusora Nacional fue tomado a sangre y fuego, literalmente hablando, por el ejército; por el mismo ejército que durante las horas anteriores había acordonado aquel edificio, controlando la entrada y salida a él de las personas que se habían apoderado del Instituto y la de quienes allí acudieron para tratar de dar una dirección al movimiento político enderezado al derrocamiento del gobierno, y tolerado y estimulado con su presencia la acción de quienes se hallaban en los transmisores. Durante el asalto de las fuerzas armadas, Zalamea permaneció en el sitio que su deber le indicaba: el aire abierto de la Radiodifusora, acompañado por un pequeño grupo de obreros y estudiantes, no mayor de quince personas, limitando su acción de hombre inerme a procurar que no ocurriese un mayor derramamiento de sangre. Una vez que los soldados se apoderaron del edificio, Zalamea lo abandonó con sus compañeros, a la vista de los oficiales, por entre una doble fila de soldados, vivando al liberalismo y dando repetidas muestras de que su actividad política continuaba inalterable.

Se trae a cuento este episodio para establecer de entrada cómo a pesar de que los propios oficiales del ejército habían sido testigos de la actividad política desarrollada por Zalamea en tan extremada contingencia, no la encontraron justificativa de su detención.

Posteriormente, esa misma actividad política llevó a Zalamea, siempre a la luz pública, a la radio Nueva Granada. Nuevamente, millares de colombianos pudieron oír sus palabras y juzgar sus consignas o proposiciones. Y de allí, sin ocultarse, visitando de paso la casa de un Ministro y la redacción de ‘El Liberal’ se trasladó a la Quinta División de Policía, en donde permaneció durante toda la noche del 9 de abril, en permanente comunicación telefónica con los jefes liberales que se hallaban en el Palacio Presidencial y a cuyas instrucción ciñó invariablemente su precaria actividad de aquella noche.

Se trae a cuento este segundo episodio, para que se establezcan dos hechos más: que Zalamea no obraba clandestinamente y que su acción, por ineficaz que fuera, no se hallaba desligada de las autoridades de su partido, únicas que él podía y quería reconocer en aquellas horas.

En la mañana del 10 de abril, por las vías más céntricas, por entre amigos y adversarios, Zalamea se trasladó de la Quinta División a las oficinas de ‘El Tiempo’, en donde presenció las deliberaciones de los representantes liberales que allí decidieron la participación del partido en un nuevo gobierno de unión nacional. El proceso revolucionario quedaba cerrado. Los simples ciudadanos como Zalamea no tenían qué hacer nada distinto a regresar a sus hogares y procurar con su disciplina y su discreción el pronto y total restablecimiento de la normalidad.[[16]](#footnote-16)

Sin embargo, como se narró detalladamente por Zalamea, a partir del día 11 el gobierno o sus seguidores -pero en todo caso con anuencia del primero-, se dirigen desde la Radiodifusora Nacional a todos los oyentes en los cuatro puntos cardinales del territorio nacional y allende sus fronteras, para manifestar que Jorge Zalamea era un hombre buscado por la justicia como consecuencia de su responsabilidad en los hechos del 9 de abril. El peso de esta engañosa afirmación lo atormentaría desde entonces, pese a lo que desde las páginas de *Crítica*, erigidas como tribuna, intentó confrontar e invalidar.

### *Examen del accionar del liberalismo partidista y toma de distancia*

En una misiva a los expresidentes liberales que fue publicada en el número correspondiente a la primera quincena de agosto de 1949, Zalamea emprende ahora con igual actitud y determinación el escrutinio de lo que el partido liberal había hecho a raíz de los sucesos de 1948. Lo hacía, dijo entonces, como simple ciudadano y partidario, pero en su interpelación al partido liberal volvía a ponerse de presente una vez más su actitud de intelectual, para el cual las instancias o instituciones políticas, como tampoco las filiaciones, deben ser razón para obstaculizar o matizar el ejercicio de la crítica. En aquella ocasión Zalamea expresó: “Yo no me alzo hasta ustedes movido por un simple espíritu partidista. Sino por un sentimiento de solidaridad humana, por una angustia de patria”. Y, en otro punto de esa misma carta, propuso el que sería un examen a fondo para el cual el liberalismo doctrinario no estaba preparado, o que quizás eludía:

Yo creo conocer la íntima opinión de cada uno de ustedes sobre los hechos acaecidos el 9 de abril; sé con cuánta vehemencia condenan los incendios, saqueos y tropelías que frustraron la grandeza de aquella fecha... Pero nada de esto va a impedirme que, muy respetuosamente, llame la atención de ustedes hacia un aspecto de los hechos que no recuerdo haber visto u oído comentar con la seriedad que merece.

… no puedo dejar de anotar el hecho de que esas masas sin dirección política ni control policivo, enderezaron toda su violencia contra las cosas materiales y dejaron a salvo las personas. Si los amotinados causaron muertes, fue en lucha contra las fuerzas que los combatían y pagando con su propia vida la ajena. Pero nadie ha dicho que hubiera tan solo una baja en los cuadros de mando del partido conservador, ni que se quemase en sus casas a los habitantes, ni que se asesinase en las calles, ni se torturase en lugares de reclusión a persona alguna por motivos políticos o por retaliaciones de clase. Esta es una evidencia que a todos los colombianos conviene tener presente y que se consignará en la historia para que no todo sean sombras en aquel desolado cuadro.

Es posible que un censo minucioso de las muertes acaecidas en Colombia por razones políticas antes y en el 9 de abril, diese el pavoroso resultado de cinco mil víctimas. El cálculo de los peritos oscila entre sesenta y cien millones de pesos para avaluar las pérdidas materiales sufridas el 9 de abril.

Pero… este es para mí el más inquietante, el más peligroso y el más oscuro de los problemas nacionales. La sociedad que no se conmovía con el repetido asesinato de campesinos anónimos, ni ponía precio a las chozas incendiadas, ni a las arrasadas cosechas, se alzó, entre espantada e iracunda, contra quienes habían afectado las cosas materiales de los más favorecidos por la fortuna. [[17]](#footnote-17)

La cuestión expuesta en esta cita, que había llegado el momento de preguntarse por todas las vidas que se perdieron en la conflagración y en sus dolorosas y trágicas prolongaciones antes que por los daños materiales que habían captado toda la atención de las autoridades y de los líderes políticos, revela quizás el gesto más definitivamente crítico y medular que haya quedado registrado en la revista. La pregunta es por la esencia de los debates y preocupaciones, por el rumbo se diría también, de la política entendida como aspiración de bienestar para toda una comunidad, para un conjunto social, a través de una práctica de gobierno. Cuáles son los acuerdos entre gobernantes y gobernados y qué, en lo más profundo, en la raíz, es lo que los sostiene y nutre; esa pareciera ser la pregunta que late en estas palabras de Zalamea.

Gerardo Molina, a propósito, se sumó a los colaboradores de la revista con un planteamiento y reflexión orientados en la misma dirección:

… sobre todo después del 9 de abril … ha hecho crisis la secular costumbre periodística de localizar la lucha entre los hombres solamente en el plano político, de realizaciones y diferencias entre los partidos y los grupos. En aquel día brotaron con fuerza otras preocupaciones que a muchos les parecerán vulgares, pero son ineludibles para un escritor de 1948, como son las de que el pueblo encuentre atención adecuada, de buena vivienda, de una moneda segura y de una participación razonable en las ventajas que la civilización que ha creado. Quiere esto decir que aunque nos desagrade emocionalmente no poder continuar hablando mal de los ‘godos’ o de los ‘rojos’, hay que trasladar el acento de los debates.[[18]](#footnote-18)

## Prensa, revistas, creación literaria y ensayos para repensar la compleja y dura realidad

1951 marca el fin de *Crítica.*  Es este también el año en que Zalamea, como otros intelectuales y políticos liberales colombianos, parte al exilio. Es en esta fecha cuando, en los apuntes de viaje de un joven médico argentino que a la sazón recorre las distintas naciones que componen Latinoamérica, se lee: *“este país es el que tiene más suprimidas las garantías individuales de todos los que hemos recorrido, la policía patrulla las calles con fusil al hombro…”[[19]](#footnote-19)*Antes, a finales de 1949, la aparición de la obra literaria *La metamorfosis de su excelencia*, sentaría un precedente alrededor de las iniciativas desarrolladas para interpelar en perspectiva intelectual la realidad del país. Muy cerca en el tiempo están *El Gran Burundú Burundá ha muerto* (1952)-también de Zalamea- y *Literatura y sociedad* (1956), de Hernando Téllez. Todas las 3 obras, las dos creaciones literarias de Zalamea y el libro de ensayos de Téllez, tienen como nota común el pensar la relación entre sociedad y poder, entre escritor -léase también intelectual- y poder político. Con alusiones a la transformación escatológica y monstruosa de un ser revestido de autoridad, o carnavalescas que sutilmente dejan percibir que no se llora sino que se festeja la partida del mundo de los vivos de un ser obsesiva y perversamente poderoso, esta tensión entre política y arte, poder político e intelectuales, van definiendo sus cauces o rasgos fundamentales. Estos, además, son los que marcaron a la generación intelectual de la primera mitad del siglo XX, al decir de Sandra Restrepo Jaramillo, en tanto se advierte en ellos “renovación cultural y de las costumbres, contra el hispanismo conservador”, además de una prevalencia de la ética, la estética, la autonomía y libertad intelectuales.

Sería por esa vía, justamente, que emergerían las tomas de distancia y las reflexiones más sopesadas y profundas alrededor de la relación que, durante medio siglo, se había tejido entre intelectuales y poder político. Este momento se cierra con la publicación de *La revolución invisible* (1959), radiografía lúcida y penetrante de la realidad nacional, a la vez que entusiasta y amplio programa de Gaitán Durán; y no por mero azar coincide con las reflexiones y planteamientos que el argentino Sergio Bagú condensó en el ensayo *Acusación y defensa del intelectual*, en el que se ensayan de forma pionera caracterizaciones para este tipo social en el caso latinoamericano, al tiempo que se insiste en que su independencia y espíritu crítico no pueden verse coartados o disminuidos por la razón que sea, exógena o endógena, llámese partido político, centros universitarios o gobiernos. El llamado a la asociación entre iguales, para el reconocimiento de unas experiencias y desafíos comunes que tensionan la segunda mitad del siglo XX, también representa una significativa y estimulante propuesta, entre muchas, que Bagú se permite hacer en su texto, que es a la vez una manera de pronunciarse para aportar al momento latinoamericano.

Volviendo al escenario doméstico, la aparición de *Sucesos* (1956), tras el cierre por el gobierno de Rojas Pinilla del diario *El Espectador*; junto con la aparición de la revista *Mito* (1955); ambos originados en el contexto de un endurecimiento de la represión estatal y de la movilización ciudadana para sobreponerse a ella, constituyen un último capítulo. Se trata de uno muy especial, donde la prensa periódica, las publicaciones seriadas y los libros de ensayos y de cuentos, posibilitaron de forma simultánea escrutar a profundidad -e igualmente, visibilizar de un modo más claro- y con conciencia crítica las tensiones, confinamientos, silenciamientos y abiertas hostilidades que habían signado la relación entre la política y el ejercicio de los intelectuales.

## **Bibliografía**

Archivo Personal de Ciro Mendía (APCM), Correspondencia Recibida (CR), “Carta enviada por León de Greiff a Ciro Mendía” (Bogotá, 23 de agosto de 1948). Biblioteca Pública Piloto (BPP), Sala Antioquia, documento: BPP-D-MIS-0411

Cano Isaza, Guillermo. “La destrucción de las librerías”. *Tinta indeleble. Guillermo Cano: vida y obra*, editado por Fundación Guillermo Cano Isaza, Aguilar, 2012, pp. 320-323.

Coetzee, J. M. *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión de silenciar.* Debate, 2007.

España, Gonzalo. *Letras en el fuego. El libro en Bogotá*. Panamericana Editorial, 2007.

Fuenmayor, Alfonso. “Aire del día”. *El Heraldo*, 27 de octubre de 1948, p. 3. Citado por: Gilard, Jacques. “Para desmitificar a *Mito*”. *Estudios de literatura colombiana*, núm.17, julio-diciembre de 2005, pp. 13-58. https://revistas.udea.edu.co/index.php/elc/article/view/17368

Gilard, Jacques. “Para desmitificar a *Mito*”. *Estudios de literatura colombiana*, núm.17, julio-diciembre de 2005, pp. 13-58. https://revistas.udea.edu.co/index.php/elc/article/view/17368

Iregui, Jaime. “De esferas y contraesferas”. *Café El Automático: arte, crítica y esfera pública*, a cargo del grupo de investigación conformado por Jaime Iregui, Diana Camacho, Liliana Merizalde y Gustavo Niño, Alcaldía Mayor de Bogotá - Universidad de los Andes - Cámara Colombiana del Libro, 2009, pp. 11-29.

*Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*, *volumen II: Diseminación, cambios, desplazamientos.* Compilación y edición a cargo de María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo, Ministerio de Cultura, 2000.

López Michelsen, Alfonso. “Balances del 9 de abril”. *Crítica*, año I, núm. 1, 19 de octubre de 1948, p. 1.

Martínez Cúellar, Felipe. “El último sobreviviente”. *El impúdico brebaje: los cafés de Bogotá, 1866-2015,* edición a cargo de Mario Jursich Durán, Alcaldía Mayor de Bogotá - Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2015, pp.127-133.

Monje, Camilo. “Los idus de abril”. *El impúdico brebaje: los cafés de Bogotá, 1866-2015,* edición a cargo de Mario Jursich Durán, Alcaldía Mayor de Bogotá - Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2015, pp. 273-279.

Montaña Cuéllar, Jimena. “Semblanza biográfica de Jorge Zalamea”. Monografía de grado, Universidad de los Andes, 1991.

Ortega, Alicia (transcripción y edición). “Diálogo”. *Café El Automático: arte, crítica y esfera pública*, a cargo del grupo de investigación conformado por Jaime Iregui, Diana Camacho, Liliana Merizalde y Gustavo Niño, Alcaldía Mayor de Bogotá - Universidad de los Andes - Cámara Colombiana del Libro, 2009, pp. 33-47.

Palacios, Arnoldo. “Responsabilidad suprema de la hora”. *Crítica*, año I, núm. 16, junio 17 de 1949, p. 2.

Said, Edward W. *Representaciones del intelectual*, traducción de Isidro Arias Pérez, Debate, 2009.

Sierra Mejía, Rubén (Editor). *La restauración conservadora, 1946-1657.* Universidad Nacional de Colombia – Facultad de Ciencias Humanas, 2012.

Sin firmar. “El Juicio Final”. *Crítica*, año I, núm. 15, junio 4 de 1949, p. 1.

--- “La lección de los hechos”. *Crítica*, año I, núm. 6, 8 de enero de 1949, p. 4.

--- “La Ley Para Todos”. *Crítica,* año I, núm. 6, enero 8 de 1949, p. 4.

--- “La Liga de la Decencia”. *Crítica,* año I, núm. 5, diciembre 15 de 1948, p. 13.

--- “Profetas de maldición”. *Crítica*, año I, núm. 13, 4 de mayo de 1949, p. 4.

Tarcus, Horacio. *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles.* Tren en movimiento, 2020.

Téllez, Hernando. “La noche quedó atrás”. *Antología de grandes crónicas colombianas. Tomo I: 1529-1948,* selección y prólogo de Daniel Samper Pizano, Aguilar, 2003, pp. 410-442.

--- “Los cafés que murieron el 9 de abril”. *La crónica en Colombia: medio siglo de oro,* editado por Maryluz Vallejo Mejía, Imprenta Nacional, 1997, pp. 294-298.

Turbay Ayala, Julio César. “Historia secreta de la crisis liberal”. *Crítica*, año I, núm. 1, 19 de octubre de 1948, p. 2.

Tirado Mejía, Álvaro (Dir. Científico y académico). *Nueva Historia de Colombia*, *vol. II: Historia Política 1946-1986*. Planeta Colombiana Editorial, 1989.

Torres Duque, Oscar. “Crítica: ¿Un quincenario sin compromisos? (1948-1951)”. *Boletín Cultural y Bibliográfico,* vol. XXVI, núm.18,1989, pp. 31-41. http:/ / www.banrepcultural.org/ blaavirtual/ publicacionesbanrep/ boletin/ boleti3/ bol18/ critica.htm

Vallejo Mejía, Maryluz. *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980).* Editorial Planeta Colombiana, 2006.

Vidales, Luis. “Los intelectuales y la política”. *Crítica*, año I, núm. 2, 8 de noviembre de 1948, p. 5.

Zalamea, Alberto. “La política y la literatura”. *Café El Automático: arte, crítica y esfera pública*, a cargo del grupo de investigación conformado por Jaime Iregui, Diana Camacho, Liliana Merizalde y Gustavo Niño, Alcaldía Mayor de Bogotá - Universidad de los Andes - Cámara Colombiana del Libro, 2009, pp. 70-72.

Zalamea, Jorge. *Exégesis de dos políticas. Discurso pronunciado en la inauguración del Instituto Benjamín Herrera*. Editorial Antena Ltda., 1948.

--- “La restauración liberal”. *Crítica*, año I, núm. 15, 1 de junio de 1949, p. 4.

------//------

**Estructura Tentativa del Artículo:**

**Las conflagraciones “nueveabrileñas” en clave literaria**

Lo sucedido entonces, en el marco de las manifestaciones violentas que sucedieron al asesinato del caudillo liberal: quema de los diarios de circulación regional y nacional, adscritos a las colectividades políticas tradicionales (¿Se quemó también la sede de *El Siglo* o de otro periódico de filiación conservadora?).

Estos hechos que rodearon y postergaron el 9 de abril, son el escenario previo a las actuaciones de censura, represión y confinamiento que vivieron los intelectuales: encarcelamientos, persecuciones, señalamientos, amedrentamientos vía expedientes judiciales, por sólo señalar los recursos más frecuentes.

Las cartas y testimonios de amigos y familiares de los intelectuales que revelan lo que sucedía en el marco de estas represiones: la que Ciro Mendía recibe de su amigo De Greiff, por ejemplo, pidiéndole acoger a amigos y familiares que van de visita a Medellín, es una muestra fehaciente y muy útil; también las palabras de Alberto Zalamea y de Álvaro Bejarano refiriéndose a los carcelazos y persecuciones del gobierno de Ospina Pérez en los cafés del *Automático* y otros muy famosos de la época. Camilo Monje se refiere a este asedio por parte de las autoridades políticas de la época y que se cierne sobre los cafés. Hay que mirarlo.

Estas acciones de censura se extendieron al meridiano del siglo XX colombiano, cubriendo no sólo las actuaciones de los conservadores Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, también el gobierno golpista del General Gustavo Rojas Pinilla.

**La revista *Crítica* y los esfuerzos por resistir a la censura, la represión y el confinamiento.**

Lo que se hizo desde la revista para dar cuenta de que los radioamotinados fueron señalados o estigmatizados injustificadamente como promotores de la violencia, el desorden, la destrucción, la barbarie.

***Crítica* y las otras formas de confinamiento y censura dentro del liberalismo**

Entre 1948 y 1951, años de vigencia de la revista, alrededor de ella fue posible encontrar a una serie de personalidades del mundo escrito y político que se ocuparon en iluminar problemáticas de la Colombia de aquel entonces: Vidales y Molina, por ejemplo, se refieren a los intelectuales y a la clase política; sin que pueda olvidarse lo que Téllez hace en relación con el mismo tema. Se trata de leer entre líneas, pues Vidales, Fuenmayor, el mismo Molina, hacen saber con sus pronunciamientos -del mismo modo Mutis-, que en el medio siglo colombiano había posturas políticas que no veían con buenos ojos la participación de intelectuales en el ámbito de la política, o incluso que creían que todo lo político se restringía a las vicisitudes marcadas por el devenir de los partidos políticos tradicionales. Cosa, por cierto, que no era cierta. Ni sociológica ni intelectual ni culturalmente.

La preocupación por el papel del comunismo, que había señalado un rumbo en el horizonte de preocupaciones para el partido conservador y también, en su momento, al interior del propio liberalismo, como una forma de deslegitimar cualquier debate o acción que se estuviera emprendiendo en el momento y que pudiese significar cuestionar el gobierno de aquel entonces, tal vez más seguramente el estado de cosas político de aquellos años. No es fortuito que el debate -o distanciamiento o escisión, como se verá en los años siguientes- de Zalamea con el liberalismo oficialista sea, precisamente, el que tome tanta acogida la perspectiva de ocuparse de la propiedad privada como eje fundamental para definir el rumbo del liberalismo en los años siguientes al Bogotazo, en lugar de una postura desde la sustancia moral y humanística, raíces también de gran valor para el pensamiento y la acción política liberal.

La carta enviada a los expresidentes liberales por Zalamea en agosto de 1949 y lo que significó para una toma de conciencia y distanciamiento respecto al liberalismo oficial y ortodoxo, más cercano a la derecha.

El final de la revista *Crítica* es, además, el inicio del exilio de Zalamea, si la memoria no me falla. Hay que verificarlo

**La prolongación de los rostros y rastros de la censura en el medio siglo colombiano. Un vistazo breve a *Mito***

La tesis de Gilard es importantísima: *Mito* surge sobre un terreno que ha sido abonado previamente por *Crítica*. Los significativos logros, en materia cultural, social e intelectual que se atribuyen a la revista de Gaitán Durán, son ya puestos en el horizonte cultural e intelectual del país antes por la revista de Zalamea. De igual forma, la censura y persecución continúan con esta segunda revista. Apelar a lo revisado y fichado por el profe Andrés en el libro de Rivas Polo.

Universalismo y crítica cultural, principios o premisas que guiaron a ambas revistas, en el caso de la de *Mito* significaron que en sus páginas apareciera también producción de Zalamea. Diálogo, tolerancia, espacio para dar razonada y argumentadamente los debates, fueron principios aplicados ya por *Crítica* y que en la revista de mediados de los cincuenta intentarían volver a implementarse, en una Colombia más proclive a los dogmatismos y a los sentimientos sordos y enardecidos

1. \* Historiador, Magister en Ciencia Política y Doctor en Literatura. Profesor titular adscrito al Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: lopezbermudez@gmail.com. [↑](#footnote-ref-1)
2. \*\* Historiador. Profesor de cátedra en la Licenciatura Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: luteca@gmail.com. [↑](#footnote-ref-2)
3. Con la intención de procurar una imagen meramente ilustrativa a posibles lectores desprevenidos, se sugieren los capítulos 1 a 8 del volumen II de la *Nueva Historia de* Colombia (Tirado 1989), dedicado a la reconstrucción, análisis y reflexión de cuarenta años de política nacional (1946 – 1986). En este conjunto, que representa más del 50% de escritos que componen el citado volumen, podrá advertirse la inequívoca presencia del medio siglo, a través de la multiplicidad y diversidad de planteamientos y perspectivas de sus autores: Catalina Reyes Cárdenas, Arturo Alape, Álvaro Tirado Mejía, Gonzalo Sánchez ―estos tres con dos colaboraciones cada uno―, y Gabriel Silva Luján. [↑](#footnote-ref-3)
4. También, y solo a modo de primer recurso para lectores no iniciados, se propone ilustrar sobre este panorama de la expresión literaria de la época a través de las contribuciones de Miryam Luque, María Mercedes Andrade y Augusto Escobar Mesa para el volumen II de *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX* (Jaramillo *et. al* 2000). [↑](#footnote-ref-4)
5. A este respecto, vale la pena mencionar las interpelaciones que hace Óscar Torres Duque, quien al explorar la revista décadas más tarde concluyó que la turbulencia política de la época afectó y determinó, casi hasta al punto de eclipsar, los alcances culturales de *Crítica* (31-34). [↑](#footnote-ref-5)
6. Este inventario, parcial y a la vez representativo, se extrae de los testimonios brindados hacia 2009 por quienes, en su calidad de artistas, escritores, intelectuales, fueron asiduos del Automático: José Luis Díaz Granados, Álvaro Bejarano, Antonio Montaña y el ya mencionado Alberto Zalamea [↑](#footnote-ref-6)
7. *La restauración conservadora, 1946-1957* es, precisamente, el nombre escogido por Rubén Sierra Mejía para el libro que en el año 2012 recogió una serie de trabajos y reflexiones de diferentes académicos e investigadores alrededor de lo sucedido en el país, a niveles social, político y cultural, durante las presidencias de los líderes conservadores Ospina Pérez y Laureano Gómez, al igual que en el período del militar Gustavo Rojas Pinilla y la transición que antecedió al Frente Nacional. [↑](#footnote-ref-7)
8. Así lo revela el archivo personal de Jorge Zalamea Borda (A.J.Z.B.), dejando saber además que para este tiempo la salida de cada nuevo número tenía un costo que oscilaba entre $600 y $700. A.J.Z.B./ Correspondencia Recibida (CE)/ Correspondencia (42)/ Cuentas de cobro suscritas por Álvaro Escallón Villa, Gerente de *El Liberal*, a Jorge Zalamea, propietario y director de la revista *Crítica*, enero de 1951. [↑](#footnote-ref-8)
9. Téllez afirmaría que, entre el momento cero del asesinato del caudillo liberal y la decisión formal del gobierno para responder con apoyo del liberalismo oficial a las agitaciones, desmanes y destrucción que asolaban a la capital del país transcurrieron 21 horas. (“La noche” 431) [↑](#footnote-ref-9)
10. La expresión es tomada del escritor sudafricano J. M. Coetzee, quien compiló a principios de este siglo una serie de ensayos en los que explora el tema de la censura que sufrieron escritores, en distintos lugares y épocas, a causa del poder político. [↑](#footnote-ref-10)
11. Cifuentes Traslaviña, María Teresa. *Diego Montaña Cuéllar: un luchador del siglo XX*, Medellín, La Carreta Editores E.U. – Espacio Crítico Ediciones, 2010, p. 80; y, Zalamea, Jorge. “Veredicto de la Justicia Civil”, en: *Crítica*, Año I, Nro. 9, Bogotá, 3 de marzo de 1949, p. 2. [↑](#footnote-ref-11)
12. Zalamea, Jorge. “Denuncia de una indigna farsa”, en: *Crítica*, Año I, Nro. 9, Bogotá, 3 de marzo de 1949, p. 4. [↑](#footnote-ref-12)
13. Iriarte Iriarte, Alfredo. “Evocaciones y recuerdos de Jorge Zalamea”, en: Cobo Borda, Juan Gustavo (ed.). *Literatura, Política y Arte*, Bogotá, Colección Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Andes, 1978, p. 857. [↑](#footnote-ref-13)
14. Rodríguez Morales, Ricardo. “Cafés y tertulias literarias”, en: Wills Franco, Fernando (Dir.). *Gran Enciclopedia de Colombia*, Vol. 9, Bogotá, Casa Editorial El Tiempo – Círculo de Lectores, 2007, p. 60. [↑](#footnote-ref-14)
15. Sin firmar. “Profetas de maldición”, en: *Crítica*, Año I, Nro. 13, Bogotá, 4 de mayo de 1949, [↑](#footnote-ref-15)
16. Zalamea, Jorge. “Denuncia de una indigna farsa”, en: *Crítica*, Año I, Nro. 9, Bogotá, 3 de marzo de 1949, Pp. 1,4. [↑](#footnote-ref-16)
17. Zalamea, Jorge. “Carta abierta a los expresidentes liberales”, *Crítica*, Año I, Nro. 18, Bogotá, 2 de agosto de 1949, Pp. 4-5. Cf. además Zalamea, Jorge. “Defensa de la vida”, en: *Crítica*, Año II, Nro. 34, Bogotá, 15 de marzo de 1950, p. 4. Los expresidentes liberales respondieron en un nuevo número de *Crítica* dándole la razón a Zalamea –al menos retóricamente–, pues su respuesta no vino acompañada de acciones concretas. [↑](#footnote-ref-17)
18. Molina, Gerardo. Carta a Jorge Zalamea Borda, en: *Crítica*, Año I, Nro. 2, Bogotá, 8 de noviembre de 1948, p. 5. [↑](#footnote-ref-18)
19. Guevara, Ernesto (Ché). “Carta desde Colombia”. *Viajeros extranjeros por Colombia*, antología elaborada por José Luis Díaz Granados, Imprenta nacional, 1997, p. 364. [↑](#footnote-ref-19)